

Cosas de Unamuno Aclaraciones para lectores no nativos de ''Del sentimiento tragico de la vida''

| | |
|------------------------------|---|
| 著者(英) | Fernando Blanco Cendon |
| journal or publication title | Journal of Inquiry and Research |
| volume | 82 |
| page range | 107-128 |
| year | 2005-08 |
| URL | http://id.nii.ac.jp/1443/00006273/ |

Cosas de Unamuno

Aclaraciones para lectores no nativos de “Del sentimiento trágico de la vida”

Fernando Blanco Cendón

1. Introducción

Estudiando *Del sentimiento trágico de la vida* en un curso sobre pensamiento español, algunos estudiantes me comentaban que entendían mejor a Unamuno leyéndolo directamente que en la traducción (japonesa en este caso). Tras comprobar que, efectivamente, algunos pasajes se tornan poco menos que ininteligibles al traducirlos, comprobé que en numerosas ocasiones el español de Unamuno sorprende y confunde, o al menos despista, al lector no nativo que se acerca al original. Esto es lo que dio origen al presente estudio. Consciente de la dificultad que entraña para un nativo intentar ponerse en lugar de un no nativo, a lo largo de este artículo he tratado de rastrear aquellos pasajes de difícil lectura, bien por lo novedoso de la expresión bien porque su contenido se oculte, paradójicamente, en el lenguaje.

Sin embargo, conviene aclarar que no se trata aquí de hacer una exposición del pensamiento de Unamuno (aunque en ocasiones haya resultado necesario hacerla), sino de intentar aclarar algunas expresiones o poner de manifiesto un contenido oculto.

Esto no obstante, para acercarnos con más provecho a estos comentarios, no estará de más recordar que el tema dominante en esta obra es el de la inmortalidad. Unamuno trata de demostrar que nuestro vital e “inmortal anhelo de inmortalidad” no tiene confirmación racional, ni la razón puede dar ninguna luz más allá del sentimiento; lo que lleva al escepticismo en lo racional y a la desesperación en lo vital. Pero, precisamente del abrazo entre el escepticismo y la desesperación va a surgir la auténtica fuente de vida: la tragedia.

2. Audacia lingüística

Todo pensador recurre al lenguaje para transmitir su pensamiento. Sin embargo, no pocas veces ocurre que las palabras que tiene a su disposición no son suficientemente adecuadas para expresar lo que él quiere y se ve obligado a crear palabras nuevas o a forzar el significado de las que usa. Unamuno también lo hace cuando quiere transmitir un significado especial o un matiz particular o, simplemente, para enfatizar el aspecto que quiere resaltar. Y lo hace sobre todo cuando, de no hacerlo, el lenguaje no expresaría exactamente lo que él quiere expresar. No quiere sacrificar el pensamiento en aras del lenguaje, sino que, por el contrario, intenta poner el lenguaje al servicio del pensamiento. Para ello, no encuentra límite y llega incluso a violentar la norma gramatical. Veamos algunos ejemplos:

Enterar

“...la razón aniquila y la imaginación *entera*, integra o totaliza.” (VIII, 215)¹⁾

El propio Unamuno señala, mediante subrayado, que *entera* no es un adjetivo que califica al sustantivo *imaginación*, sino verbo y para no dejar lugar a dudas le añade otros dos verbos expresando o reforzando el significado que él quiere dar. ¿Por qué Unamuno usa el verbo *enterar* con ese significado? Le acompaña además con otros dos, cada uno de los cuales de por sí sería suficiente para transmitir la idea que está exponiendo. Con el agravante de que el estilo o simplemente el “equilibrio sintáctico” si se quiere, se quiebra: el primer segmento, el correspondiente al sustantivo *razón* no tiene más que un predicado *aniquilar*, mientras que en el segundo encontramos nada menos que tres.

El verbo *enterar* tiene una acepción anticuada según la cual significa “completar, dar integridad a una cosa” (DRAE). Y con este sentido lo usa Unamuno como contrapuesto a *aniquilar* con el significado de “reducir a la nada”. Para Unamuno el verbo que primariamente expresa lo opuesto a *aniquilar* es *enterar*, este es su opuesto lógico a nivel semántico. Por eso opta por utilizarlo en la contraposición; pero consciente de que se trata de un uso anticuado lo subraya para llamar la atención del lector, y no contento con eso lo completa con la vigente versión castellana del verbo latino originario (*integrare*), añadiendo además el verbo *totalizar*.

Existir

“Y Dios no existe, sino que más bien sobre-existe, y está sustentando nuestra existencia

existiéndonos.” (VIII, 209)

Tenemos aquí dos “irregularidades”. La primera consiste en la creación del verbo *sobre-existir* para referirlo a Dios. El recurso al prefijo *sobre*²⁾ para indicar una intensificación (o adición) del significado del término al que se antepone, no presenta ningún problema semánticamente. Unamuno nos quiere decir que el existir de Dios es distinto del existir de todo cuanto existe, o dicho de otra manera, el verbo *existir* no es suficientemente adecuado para aplicarlo a Dios.

No se trata tanto de indicar que Dios está “por encima” de todas las cosas, como de indicar que su modo de existir es diferente, que en alguna manera excede lo que normalmente se entiende por existir, que el existir de Dios es de un nivel superior. Si bien no está del todo claro lo que con ello quiere decir Unamuno, pues en muchos textos hace depender del hombre el existir de Dios. Que Dios, más que “por encima”, está “por debajo” de nosotros, es lo que parece indicar el verbo *sustentar*.

Y esto nos lleva a la segunda irregularidad, que no es otra que el uso transitivo del verbo *existir* que es intransitivo en todas sus acepciones. Para corregir sintácticamente ese uso transitivo (que supone que la acción del verbo pasa al objeto) de un verbo intransitivo (la acción no pasa al objeto) debemos suponer el verbo *hacer*, así: “haciéndonos existir”. Aunque incorrecto, no es infrecuente en la lengua el uso transitivo de verbos intransitivos. Para nuestro caso vamos a ver un ejemplo con el verbo *correr*. En la oración “nos corrió por toda la plaza”, se entiende que “nos hizo correr por toda la plaza”, pero implica que el sujeto que tal hizo corría también; con este significado: “corriendo detrás de nosotros, nos hizo correr por toda la plaza”. Análogamente, en el caso que nos ocupa, el significado sería: “existiendo (Dios) nos hace existir”, que es lo que indica la frase “sustentando nuestra existencia”, pero para Unamuno aquí se da una cierta dependencia y así un poco más adelante precisa: “Dios y el hombre se hacen mutuamente, en efecto; Dios se hace o se revela en el hombre, y el hombre se hace en Dios.” (Ibid.)

Con el mismo radical tenemos todavía otra novedad, y es la aparición de la pareja *ex-sistencia*, *in-sistencia* (VIII, 217). Ambas están subrayadas porque la primera no existe así en castellano, sino solo para referirse a su etimología; y la segunda porque en esa forma tiene un significado que no tiene nada que ver con el que aquí se le quiere dar. El binomio clásico en filosofía es esencia y existencia. Aquí, sin embargo, Unamuno crea el término *in-sistencia* en contraposición al término *ex-sistencia*. Este quiere decir “lo que está fuera” y, haciendo una etimología analógica, con *in-sistencia* Unamuno está queriendo decir “lo que está dentro”. Quedando claro que

mientras el “estar fuera” de la conciencia es o puede ser problemático para la conciencia, no lo es el “estar dentro” de la conciencia, y esto por definición. El problema de la existencia de Dios (que es de lo que viene hablando) es el problema de la existencia de algo fuera de la conciencia.

Ser

Quizá el caso más llamativo de la audacia lingüística de Unamuno sea el del uso reflexivo del verbo *ser*.

“...hay un espíritu que lucha por conocerse, por cobrar conciencia de sí, por serse -pues serse es conocerse-, por ser espíritu puro...” (IX, 234)

“Pensar sin saber lo que se piensa, no es sentirse a sí mismo, no es serse.” (X, 246)

Este uso reflexivo del verbo *ser* es de lo más inusual. A pesar de todo, Unamuno no lo marca especialmente, no lo subraya. Creo que no puede entenderse sino como una forma de enfatizar el significado. Ontológicamente hablando, ese uso del verbo *ser* solo podría aplicarse al “Ser por sí mismo”, pero está claro que no es este el caso, pues ese “Ser absoluto” para Unamuno no es más que una idea, simplemente no existe como tal³⁾. En la perspectiva de Unamuno, ser equivale a tener conciencia de sí, a ser uno mismo; el ser no se da sino en la conciencia de uno mismo. Y esto es lo que Unamuno quiere expresar con la forma reflexiva *serse*.

3. Creaciones de Unamuno

El insólito uso reflexivo del verbo *ser*, original de Unamuno, nos pone en camino para examinar algunas expresiones acuñadas por él mismo y que son, como ese uso, originales suyas. alguna de ellas raya en la genialidad por la riqueza expresiva que entraña.

Salto inmortal

“El hombre Kant no se resignaba a morir del todo. Y porque no se resignaba a morir del todo, dio el salto aquel, el salto inmortal de una a otra crítica.” (I, 111)

“...ese inmortal anhelo de inmortalidad que le hizo al hombre Kant dar aquel salto inmortal de que os decía...” (I, 116-117)

Para Unamuno, la filosofía de Kant no es homogénea, no es coherente; en ella aprecia

solución de continuidad. Entre el orden racional y el orden moral no hay continuidad; existe entre ellos una ruptura, un corte brusco, una especie de vacío. De manera que el paso de uno a otro orden (el paso de la *Crítica de la razón pura* a la *Crítica de la razón práctica*) se realiza, precisamente debido a ese corte, mediante un salto. Unamuno toma esta denominación de Kierkegaard, y le añade por su parte el calificativo de *inmortal*.

Esta expresión -“salto inmortal”- es creación original de Unamuno; no existe en la lengua española. En español tenemos la expresión “salto mortal”, que es el “salto que dan los volatineros lanzándose de cabeza y tomando vuelta en el aire para caer de pie” (DRAE) y que se denomina mortal por el riesgo (incluso de perder la vida) que conlleva.

Pues bien, por analogía con esta expresión, Unamuno acuña la otra. Y es que por el salto que Kant da para pasar de una a otra crítica, se afirma, precisamente, la inmortalidad. El problema de la inmortalidad, el único verdaderamente importante para Unamuno, queda destruido en el orden racional (de la razón pura), pero Kant lo reconstruye sin conexión con la racionalidad -y por eso el salto- en el orden moral (razón práctica). De ahí que Unamuno, genialmente, califique ese salto de inmortal. Y lo hace de propio intento, para marcar enfáticamente la importancia de ese salto que lleva al pensador al terreno en el que se puede abordar legítimamente el problema de la inmortalidad.

Que esto sea así, lo prueba el hecho de que cuando el contenido no es relevante, Unamuno usa la expresión castellana normal y corriente. Como por ejemplo cuando dice: “Si en lo que va a seguir os encontráis con apotegmas arbitrarios, con transiciones bruscas, con soluciones de continuidad, con verdaderos saltos mortales del pensamiento, no os llaméis a engaño.” (VI, 183)

Por vida

“El un Dios, el Dios racional, es la proyección al infinito de fuera del hombre por definición, es decir, del hombre abstracto, del hombre no hombre, y el otro Dios, el Dios sentimental o volitivo, es la proyección al infinito de dentro del hombre por vida, del hombre concreto, de carne y hueso.” (I, 111)

Unamuno confiesa sin reparo sentir un auténtico “horror a las definiciones” (XI, 262). Por un lado, no soporta verse limitado, encerrado dentro de unos límites que no pueda traspasar, no admite barreras que coarten el libre discurrir del torrente de sus pensamientos y sus sentimientos, y “definir es poner fines, es limitar” (VIII, 210). Y, por otro, no quiere renunciar a la realidad que es la vida mientras que “definir algo es idealizarlo” (VIII, 203), convertirlo en

idea, es decir privarlo de su “fondo vital”, matarlo. De ahí que no pierda ocasión de arremeter contra todo lo que “huela” a definición. Y llega incluso a acuñar esa expresión tan significativa como es la de “el hombre por vida” como contrapuesta a la de “el hombre por definición”.

La expresión, como tal, no existe, aunque sí en otras construcciones⁴⁾, y Unamuno la forma por analogía y en contraposición a “por definición”. Y aunque la expresión “por vida” resulta un tanto extraña, el significado en el contexto es muy claro. Si “por definición” se refiere a lo racional, artificial y abstracto, en definitiva a una idea (ya que los límites que establece una definición son límites conceptuales), se refiere a la idea de hombre, es decir, a “el hombre no hombre”; “por vida” se refiere a lo concreto, a lo verdaderamente real, al hombre concreto, “el hombre de carne y hueso”. Es decir, que contraponiendo esas dos expresiones, lo que hace Unamuno es contraponer lo racional y lo real, porque “lo real, lo realmente real, es irracional” (I, 111).

Ateología

“Es lo de siempre; la llamada filosofía científica, de origen y de inspiración teológica o religiosa en su fondo, yendo a dar en una ateología o irreligión, que no es otra cosa que teología y religión.” (X, 249)

En el mismo lugar aparecen los términos derivados *ateólogo* y *ateológico*.

La fuerza expresiva de estas construcciones es evidente. Son la antítesis absoluta de sus contrapartidas correspondientes: teología, teólogo y teológico. Unamuno las crea de propósito y, además, con una gran dosis de ironía. La filosofía científica, desterrando a la religión, se presenta como la única pretensión válida de explicación del universo, pero haciendo esto se ha erigido a sí misma en la nueva religión del mundo moderno. Religión sin Dios, ciertamente, pero religión al cabo. Y es que para Unamuno el proceso de abandonar la religión, la dimensión de la fe, y sustituirla por la ciencia no es más que un proceso por el que se sustituye una fe por otra. Irónicamente, la filosofía científica se convierte en aquello que pretende deslegitimar: en religión. Y de ahí que Unamuno diga que esa filosofía es una *ateología*.

Fuera de esa expresividad e ironía, resulta difícil intentar otra explicación etimológica del término. Porque hablar de una teología sin Dios cuando teología es, precisamente, la ciencia que trata de Dios, es un sinsentido. No resulta viable intentar un análisis etimológico como *ateología*, que nos daría como resultado algo así como una ciencia que trata de los ateos (y tampoco cabe interpretarlo como la ciencia que hacen los ateos). Hay que pensar que se forma sim-

plemente como negación de la palabra *teología*, aunque sea un sinsentido.

El mismo Unamuno reconoce la dificultad cuando advierte que “solo con violencia del corriente lenguaje humano puede hablarse de religión atea”. (VIII, 201)

Pero de esta violencia, precisamente, viene la fuerza de dicha expresión; violencia que Unamuno lleva al extremo al acuñar la inconcebible expresión “Dios ateo” (VIII, 208) para indicar un Dios que no es Dios, porque es Nada; o, en expresión más mordaz: “un Dios sin pena ni gloria” (Ibid.).

4. Jugando con las palabras

No se puede negar que Unamuno posee una agudeza de ingenio excepcional. Consciente de ello, no pierde ocasión de demostrarlo, y en sus obras encontramos pasajes que rezuman una fina ironía, rayando a veces en el sarcasmo.

Unas veces juega con el sentido, o el doble sentido, de algunas palabras; otras, usa expresiones y dichos que “manipula” con entera libertad; en ocasiones, el dicho aparece en su integridad, pero también hay veces en que está oculto o truncado o en que se utiliza solo una parte para transmitir el significado del todo. Todo ello contribuye a romper la árida monotonía del discurso farragoso de sus disquisiciones más pesadas, haciendo que el estilo sea vivaz -y mordaz-, imprimiéndole un dinamismo expresivo fiel reflejo del torrente vital que a Unamuno le brota de dentro y derrama a través de la pluma al texto escrito. Pero, por otra parte, todo esto complica la comprensión del mensaje para lectores no nativos (y para nativos no avezados), y supone una verdadera dificultad -a veces insalvable- para el traductor.

En *Del sentimiento trágico de la vida* podemos constatar varios ejemplos de este malabarismo del lenguaje con que Unamuno sazona su discurso. Vamos a examinarlos.

La criada respondona

“Y así se fraguó la teología escolástica, y saliendo de ella su criada, la *ancilla theologiae*, la filosofía escolástica también, y esta criada salió respondona.” (IV, 153)

“Y así”, esto es, en un intento de construir un apoyo racional a la fe, nace la teología escolástica. La fe busca el apoyo de la razón, que es enemiga suya según Unamuno, para mostrar que no existe contradicción entre fe y razón, para mostrar que los dogmas, si bien tienen un contenido sobrenatural, esto es, sobre la razón, no por ello dicho contenido es contrario a la razón.

De la teología escolástica sale la filosofía escolástica, que es criada de la teología: *ancilla*, que significa “esclava, sierva, criada” (DRAE). En la Edad Media, la filosofía no es una ciencia independiente, se cultiva solo como instrumento de trabajo de la teología, está al servicio de la teología; y de ahí el mote (en general peyorativo) de “criada de la teología” (*ancilla theologiae*)⁵.

“Salirle a uno la criada respondona”, es una frase que figurada y familiarmente quiere decir “verse increpado y confundido por la misma persona a quien creía tener vencida y supeditada” (DRAE).

Pues bien, la criada que, según Unamuno, salió respondona no es otra que la filosofía (escolástica) que se vuelve contra la teología, y que en lugar de ayudar a conciliar fe y razón, lo que hace es crear más confusión, pues sus conclusiones aparecen como más irracionales. Con el paso del tiempo, la filosofía se va desligando, hasta independizarse totalmente, de la teología para moverse únicamente en el ámbito de lo racional. Transformada en racionalismo puro (en todas sus expresiones: idealismo, positivismo, materialismo, etc.), la filosofía es ahora enemiga de la teología y la religión. De criada o servidora ha pasado a ser un arma para atacar y negar la religión. Tremenda tragedia del devenir histórico de la filosofía, que ha venido a dar en una *ateología*. Unamuno lo resume así:

“La filosofía escolástico-aristotélica al servicio de la vida, fraguó un sistema teológico-evolucionista de metafísica, al parecer racional, que sirviese de apoyo a nuestro anhelo vital. Esa filosofía, base del sobrenaturalismo ortodoxo cristiano, sea católico o sea protestante, no era, en el fondo, sino una astucia de la vida para obligar a la razón a que la apoyase. Pero tanto la apoyó ésta que acabó por pulverizarla.” (VI, 178)

La fe del carbonero

Esta expresión⁶ se refiere a la fe sencilla y firme de los simples de corazón, la fe del hombre sencillo que no necesita de pruebas ni de argumentos, y que Unamuno introduce así:

“...la fe implícita, la fe del carbonero, la de los que, ..., no quieren aprovecharse de teología.” (IV, 153-154)

Una traducción literal de esta expresión no tiene sentido, a no ser que en la lengua a la que se traduzca exista esa expresión con idéntico significado. Sin embargo, podría permitirse indicando que las expresiones en que está engarzada parafrasean su significado. Mayor dificultad (e inconveniencia) entraña la traducción literal de los pasajes en que Unamuno, por una especie de metonimia, utiliza únicamente y aislado el sustantivo *carbonero*, como si de un oficio se

tratase, cuando a lo que en realidad se refiere es a ese, digamos, tipo de fe, a esa manera de creer. Y así tenemos:

“La posición nominalista o positivista o voluntarista de Escoto, la de que la ley y la verdad dependen, más bien que de la esencia, de la libre e inescudriñable voluntad de Dios, acentuando la irracionalidad suprema de la religión, ponía a esta en peligro entre los más de los creyentes, dotados de razón adulta y no carboneros.” (IV, 154)

Se trata aquí de creyentes carboneros, esto es, creyentes que tienen la fe del carbonero. De manera que el significado del texto es que se ponía la religión en peligro entre la mayoría de los creyentes a quienes no les basta la fe del carbonero, que no se resignan a creer únicamente lo que cree el carbonero, sino que por el contrario, puesto que están dotados de razón adulta, buscan, piden, exigen y necesitan explicaciones, quieren comprender y no solo aceptar sin más.

“La solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad y, por lo tanto, a la vida; pero al querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón. Y esta tiene sus exigencias, tan imperiosas como las de la vida. No sirve querer forzarse a reconocer sobre-racional lo que claramente se nos aparece contra-racional, ni sirve querer hacerse carbonero el que no lo es.” (IV, 155)

Tampoco aquí el sustantivo *carbonero* designa una profesión. “Querer hacerse carbonero” no significa querer dedicarse a ese oficio, sino querer tomar ante la religión la actitud de aceptar sin inquirir, esto es, la fe del carbonero, que aquí aparece, además, como una huida, como un intento de evitar las exigencias de la razón ante el que para Unamuno es el “único problema vital”.

De ahí que, aunque no pocas veces Unamuno parece añorar esa fe simple, sólida y que no duda jamás, acabe vilipendiándola precisamente por ello:

“La fe -dicen algunos- es no pensar en ello; entregarse confiadamente a los brazos de Dios, los secretos de cuya providencia son inescudriñables. Sí; pero también la infidelidad es no pensar en ello. Esa fe absurda, esa fe sin sombra de incertidumbre, esa fe de estúpidos carboneros, se une a la incredulidad absurda, a la incredulidad sin sombra de incertidumbre, a

la incredulidad de los intelectuales atacados de estupidez afectiva, para no pensar en ello.”
(VI, 181)

Música celestial

La expresión “Eso es música celestial”⁷⁾, es una expresión peyorativa que se usa coloquialmente para caracterizar “palabras elegantes y promesas vanas y que no tienen sustancia ni utilidad” (DRAE). Su significado, pues, es totalmente negativo y sarcástico; aquello a lo que se aplica es tachado de vacío o, como mucho, sin valor. Pues bien, esta lapidaria frase se la aplica Unamuno nada menos que al protestantismo, con una gran dosis de ironía, pues lo hace precisamente tras una alusión a Bach.

“Y en un teólogo protestante, en Ernesto Troeltsch, he leído que lo más alto que el protestantismo ha producido en el orden conceptual es en el arte de la música, donde le ha dado Bach su más poderosa expresión artística. ¡En eso se disuelve el protestantismo, en música celestial!” (IV, 150)

Se trata de una crítica terrible y mordaz contra el protestantismo. Para Unamuno el protestantismo queda huero, vacío, por escamotear el asunto crucial: la inmortalidad del alma. Y así lo contrapone al catolicismo: “lo específico religioso católico es la inmortalización y no la justificación al modo protestante” (IV, 149). Justificación entendida como remisión de los pecados y tomada sobre todo en sentido ético, más que religioso. Y llega a decir: “Y, en rigor, lo importante es no morir, péquese o no” (IV, 151).

Por educación y por tradición, netamente españolas, Unamuno se muestra “partidario” del catolicismo y no es de extrañar que afirme que “la institución cuyo fin primordial es proteger la fe en la inmortalidad personal del alma es el catolicismo” (III, 143).

Sin embargo él no rechaza el protestantismo de modo absoluto, como lo muestra el hecho de que recurre a este en no pocas ocasiones y hasta se sirve del mismo para criticar el catolicismo. Pero como le falla precisamente en la solución “del único verdadero problema vital, del que más a las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma” (I, 111), de ahí el exabrupto llevado de un arrebatado de mordacidad.

Distinción y confusión

Unamuno cierra una primera crítica vital del cartesiano “cogito ergo sum” con estas sor-

prendentes palabras:

“Y fue además el *cogito* el que introdujo una distinción que, aunque fecunda en verdades, lo ha sido también en confusiones, y es la distinción entre objeto, *cogito*, y sujeto, *sum*. Apenas hay distinción que no sirva también para confundir.” (II, 130-131)

Era práctica común en el quehacer filosófico tradicional distinguir para no confundir; práctica cristalizada en la máxima “cuando hay peligro de confusión, se hace necesaria la distinción”. Pues bien, Unamuno, aquí, aunque reconoce el valor epistemológico de dicha metodología, le adjudica además su contrario afirmando, no sin ironía, que la distinción origina confusión, que es lo que se supone que tiene que evitar.

De manera que para entender y captar toda la fuerza de la sentencia unamuniana se debe tener en cuenta la máxima clásica cuyo reverso es.

Un ejemplo pedestre

En el capítulo XI, que lleva por título “El problema práctico”, Unamuno habla del perfeccionamiento moral de la ejecución de un oficio, cuyo máximo grado consiste en realizarlo de tal forma que uno se haga insustituible, y esto como expresión suprema de la lucha por la inmortalidad contra la nada. En la realización de la propia profesión hay que elevarse “a un sentimiento ético de nuestro oficio civil que deriva y desciende de nuestro sentimiento religioso, de nuestra hambre de eternización” (XI, 271). Y pone como ejemplo concreto el oficio de la zapatería:

“Aquí tenéis un zapatero que vive de hacer zapatos, y que los hace con el esmero preciso para conservar su clientela y no perderla. Ese otro zapatero vive en un plano espiritual algo más elevado, pues que tiene el amor propio del oficio, y por pique o pundonor se esfuerza en pasar por el mejor zapatero de la ciudad o del reino, aunque esto no le dé ni más clientela ni más ganancia, y sí solo más renombre y prestigio. Pero hay otro grado aún mayor de perfeccionamiento moral en el oficio de la zapatería, y es tender a hacerse para con sus parroquianos el zapatero único e insustituible, el que de tal modo les haga el calzado que tengan que echarle de menos cuando se les muera -«se les muera», y no solo «se muera»-, y piensen ellos, sus parroquianos, que no debía haberse muerto, y esto así porque les hizo calzado pensando en ahorrarles toda molestia y que no fuese el cuidado de los pies lo que les im-

pidiera vagar a la contemplación de las más altas verdades; les hizo el calzado por amor a ellos y por amor a Dios en ellos, se lo hizo por religiosidad.” (XI, 270)

Y termina dando razón de la elección de este ejemplo con un juego de palabras que es todo un ejercicio de ingenio y de ironía:

“Adrede he escogido este ejemplo, que acaso os parezca pedestre. Y es porque el sentimiento, no ya ético, sino religioso, de nuestras respectivas zapaterías, anda muy bajo.” (Ibid.)

Nos dice que ha escogido el ejemplo del oficio de zapatero (y no el de panadero, carpintero u otro oficio cualquiera) a propósito y con toda intención. Y la justificación viene dada a continuación: porque está muy bajo el sentimiento religioso de nuestras respectivas zapaterías, esto es, el sentimiento religioso que cada uno tiene de su profesión; no solamente no se realiza un oficio poniendo toda el alma en ese menester, sino que las más de las veces se hace simplemente por cumplir (sin ninguna gana) y justificar el salario. Lo cual es la forma más baja y rastrera de ejercitar un oficio.

La clave de todo esto, la palabra que hace de puente entre el ejemplo y la valoración es el adjetivo *pedestre* que Unamuno, magistralmente, pone de parte del lector: “acaso os parezca pedestre”. Unamuno juega con el significado de esta palabra que etimológicamente se origina de *pie* (latín: *pes, pedis*) y de ahí el ejemplo del zapatero; y al mismo tiempo tiene un significado figurado de “llano, vulgar, inculto, bajo” (DRAE) que aparece en la valoración “anda muy bajo”, en la que además utiliza, también a propósito, en lugar del verbo *estar*, el verbo *andar*, otra palabra relacionada con los pies y con el suelo.

El nombre de Atanasio

“Después de Pablo rodaron los años y las generaciones cristianas, trabajando en torno de aquel dogma central y sus consecuencias para asegurar la fe en la inmortalidad del alma individual, y vino el Niceno, y en él aquel formidable Atanasio, cuyo nombre es ya un emblema, encarnación de la fe popular.” (IV, 146)

¿Por qué el nombre de Atanasio es un emblema? *Atanasio* es la versión masculina de *Atanasia* que etimológicamente significa inmortalidad (del griego *a-*: prefijo que denota privación o

negación, y *thanatos*: muerte). Unamuno define a Atanasio como un hombre de mucha fe, “hinchido de hambre de inmortalidad”.

En el I Concilio de Nicea (año 325) no se discutió la inmortalidad del alma, sino que se definió la divinidad de Jesucristo. Pero como para Unamuno esta es la garantía de aquella, y Atanasio fue uno de los defensores de la divinidad de Jesucristo contra el arrianismo que la negaba, pues adquiere un simbolismo especial el que un hombre llamado “inmortalidad” se erigiera en defensor de la inmortalidad, como dando a entender que no podía ser de otra manera, puesto que ya lo indicaba con su mismo nombre.

Saduceo

Saduceos y fariseos eran sendas sectas judías muy en boga, y dominantes, en el tiempo en que vivió Jesús de Nazaret. Los enfrentamientos de este con aquellos fueron muchos y aparecen de continuo en los Evangelios. Los fariseos eran judíos observantes celosos de la Ley de Moisés, pero su excesivo apego a la tradición oral de sus doctores desembocaba en una casuística llena de exageraciones y afectación. Tanto que el término *fariseo* ha pasado al lenguaje común como sinónimo de *hipócrita*. Por su parte, los saduceos rechazaban toda tradición que no fuera la Ley escrita, eran menos piadosos, estaban más preocupados por la política y solían pertenecer a las clases de las grandes familias sacerdotales judías. Pero el término *saduceo* no ha pasado al lenguaje corriente con ningún otro significado.

Por eso puede sorprender que Unamuno lo use en varias ocasiones para calificar (o mejor, descalificar) a algún pensador. Y así tenemos: “esa repugnante frase de saduceo” (VI, 182) y “pedante saduceo” (XI, 266). En ambos casos la connotación peyorativa es muy fuerte.

Pero si tenemos en cuenta, no a las personas, sino la doctrina que los miembros de esa secta profesaban, entonces deja de sorprender para alcanzar su significado pleno el uso que de ese término hace Unamuno. En efecto, los saduceos negaban la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos⁸⁾, y esto es lo que hace que en algunas ocasiones Unamuno use como calificativo lapidario el término *saduceo*.

5. Modismos, frases hechas y otras expresiones

Recojo bajo este título una serie de ejemplos, algunos de los cuales revisten una particular dificultad para ser comprendidos por no nativos. Muchas son expresiones que no se pueden traducir literalmente por la sencilla razón de que su significado no se deduce claramente del de

las palabras que las componen.

¡La bolsa o la vida!

Expresión con la que popularmente se dice que los atracadores conminan a sus víctimas a entregar sus pertenencias. Estrictamente hablando la disyuntiva no tiene sentido, pues perdida la vida no se puede retener la bolsa. Lo importante de la expresión no es, pues, la materialidad de lo que dice, sino la escala de valores que pretende reflejar: ¿qué se aprecia más el dinero o la vida?

Y es en este sentido, como escala de valores, como la expresión aparece en el trasfondo de las palabras de Unamuno:

“El hombre suele entregar la vida por la bolsa, pero entrega la bolsa por la vanidad.” (III, 140)

Donde Unamuno critica esa escala de valores que coloca la vanidad como valor supremo, cuando no es más que un sucedáneo de la auténtica inmortalidad. Y así afirma que “cuando las dudas invaden y nublan la fe en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama” (Ibid.).

Claro como el agua

“Tan claro como el agua” es una frase que “se dice de las cosas muy manifiestas y patentes” (DRAE). Unamuno usa esta expresión en un giro de gran belleza literaria:

“Más claro, ni el agua que sale de la nieve de las cumbres.” (XI, 262)

Expresión ponderativa y superlativa con la que indica la suma claridad de lo que acaba de decir: no se puede hablar más claro.

Poner los cuernos

Con el término *cuerno*, usado por lo general en plural, se alude irónicamente a la infidelidad matrimonial de la mujer (cf. DRAE). Con los verbos *sufrir*, *llevar* o *tener* se dice de la parte ofendida (el marido); mientras que con el verbo *poner* se dice de la parte que comete la ofensa (la esposa). Pero en este caso, el sujeto del verbo *poner* puede ser tanto la mujer que comete la in-

fidelidad (que es el significado primario), como la persona con quien la comete. Es con este último sentido como la usa Unamuno.

“Pues al que os diga que si no estafa y pone cuernos a su más íntimo amigo es porque teme al infierno, podéis asegurar que, si dejase de creer en este, tampoco lo haría, inventando entonces otra explicación cualquiera. Y esto en honra del género humano.” (XI, 263)

No caérsele a alguien de la boca alguna cosa

Frase con sentido figurado que significa decir algo “con frecuencia y repetición” (DRAE). Unamuno la usa alterando la negativa para referirse a un profesor de ética que hablaba a todas horas del imperativo categórico:

“...uno a quien apenas si se le caía de la boca el imperativo ese.” (XI, 281)

Guardársela

“Guardársela a uno” es una frase que figurada y familiarmente significa “diferir para tiempo oportuno la venganza, castigo, desquite o desahogo de una ofensa o culpa” (DRAE). Unamuno la usa de manera fuerte (entre signos de exclamación) y a modo de acusación, cuando dice que él está escribiendo

“desde esta España, cabeza de la Contrarreforma en el siglo XVI. ¡Y bien se lo guardan!” (XII, 284)

La expresión puede pasar desapercibida y perder todo su sentido si uno no está atento al contexto. Unamuno cierra con ella un párrafo en el que recoge dos insultos contra Salamanca de sendos autores europeos. Pero la explicación, o justificación de dicha frase, aparece en la extensa “perorata” que la sigue. Para Unamuno está claro que Europa no solo no ha perdonado a España el haber encabezado la lucha contra la Reforma protestante, sino que no ha perdido ocasión de reprochárselo con calumnias y desprecios.

España -dice- “ha sido la gran calumniada de la historia precisamente por haber acaudillado la Contrarreforma” (XII, 289), y sostiene que se debe rehacer la historia de España “deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en torno a ella” (XII, 288), en clara y abierta alusión a la Leyenda Negra.

Hacer el primo

“Hacer el primo”⁹⁾ significa figurada y coloquialmente “dejarse engañar fácilmente” (DRAE). Unamuno exalta esta expresión dándole la forma de las Bienaventuranzas evangélicas (cf. Mt. 5, 2-10):

“¡Y bienaventurados los que hacen el primo!” (XII, 301)

Con lo que, sorprendentemente, valora positivamente esta actitud. Pero ello es así porque “el mundo quiere ser engañado *-mundus vult decipi-*, o con el engaño de antes de la razón, que es la poesía, o con el engaño de después de ella, que es la religión” (Ibid.).

6. Recurso al acervo cristiano

Siendo *Del sentimiento trágico de la vida* una obra en torno a problemas fundamentales del espíritu humano, donde se aborda el principal de ellos: el de la inmortalidad del alma, no debe extrañar que Unamuno recurra frecuentemente a expresiones relacionadas o provenientes de la tradición religiosa católica¹⁰⁾.

En no pocas ocasiones más parece una obra de teología. Tiene capítulos dedicados al catolicismo, a la religión, a las virtudes, etc.

Algunas no son originales del cristianismo, sino de tradiciones anteriores, pero se han popularizado en español por asociación con pasajes bíblicos. Otras, aluden a la doctrina y moral católicas tal como vienen presentadas en el Catecismo. Y otras, en fin, son versículos que pertenecen a oraciones o himnos cristianos.

Dar coces contra el agujón

“Estos estúpidos afectivos con talento suelen decir que no sirve querer zahondar en lo inconocible ni dar coces contra el agujón.” (I, 119)

“Y vuelven los sensatos, los que no están a dejarse engañar, y nos machacan los oídos con el sonsonete de que no sirve entregarse a la locura y dar coces contra el agujón, pues lo que no puede ser es imposible.” (III, 139)

El dicho significa “obstinarse en resistir a fuerza superior” (DRAE) y es antiquísimo. Era una expresión proverbial entre los griegos para caracterizar una resistencia inútil, como la de un

buey que al dar coces contra el aguijón del boyero lo único que logra es lastimarse. Con todo, se ha popularizado de la mano del relato de la conversión de san Pablo en los *Hechos de los Apóstoles*, que es donde aparece¹¹⁾.

Lavarse las manos

“¿Es esto todo verdad? «¿Y qué es la verdad?», preguntaré a mi vez como preguntó Pilato. Pero no para volver a lavarme las manos sin esperar respuesta.” (VII, 199; cf. IX, 225)

Con la frase “yo me lavo las manos”, uno se desentiende de un asunto y trata de rehuir toda responsabilidad. Aunque se trata, al parecer, de una costumbre de algunos pueblos antiguos, en español está indisolublemente unida a la escena de Jesús ante Pilato (cf. Mt. 27, 24), tal y como¹²⁾ lo hace Unamuno, quien negándose a hacer lo que la frase dice, nos informa de que asume toda la responsabilidad de cuanto dice.

Por gracia

“Hay definidores de esos pedantes por naturaleza y por gracia...” (I, 117)

Esta expresión es genuinamente cristiana. Se refiere a lo que no es propio de la esencia natural de las cosas, sino que es un don gratuito de Dios, aunque no por ello menos real. En filosofía cristiana la realidad comprende no solo el ámbito de la Naturaleza, sino también el de la gracia que es, propiamente, sobrenatural. El hombre es mortal por naturaleza (en cuanto organismo biológico un día se desintegrará inevitablemente); mientras que la inmortalidad es una gracia que ha recibido de Dios¹³⁾.

Pues bien, cuando Unamuno habla de “pedantes por naturaleza y por gracia”, quiere decir que lo son de modo absoluto e irrevocable. En realidad, esa absoluteza está suficientemente implicada en la expresión “por naturaleza”; pero en una tradición filosófica según la cual la gracia perfecciona o eleva la naturaleza y puesto que la realidad (total) no es solo naturaleza sino naturaleza y gracia, el añadido “y por gracia” viene a dar, no sin ironía, rotundidad a la afirmación, de manera que no deja ningún resquicio ni vía de escape (para una justificación o excusa). Quiere decir que esos definidores son pedantes a todos los niveles, en todos los sentidos en que se los tome, sin excepción. No se trata, pues, de que la pedantería sea un don de Dios. Se trata de afirmar esa pedantería de un modo absoluto.

Las obras de misericordia

“A las catorce obras de misericordia que se nos enseñó en el Catecismo de la doctrina cristiana habría que añadir a las veces una más, y es la de despertar al dormido. A las veces por lo menos, y desde luego, cuando el dormido duerme al borde de una sima, el despertarle es mucho más misericordioso que enterrarle después de muerto, pues dejemos que los muertos entierren a sus muertos.” (XI, 275)

Las catorce obras de misericordia que, según el Catecismo, todo buen cristiano debe practicar están divididas en siete espirituales y siete corporales. Y de las corporales, la séptima es, precisamente, “enterrar a los muertos”. De esta se sirve, con cierto humor negro, para ilustrar su pretensión de añadir una más: es más misericordioso despertar al que duerme al borde de una sima, que enterrarle después de que (no habiéndole despertado) se haya caído en ella y se haya matado.

Y aunque en el ejemplo habla de sueño físico, lo que Unamuno quiere ilustrar no es la función de un despertador mecánico, sino la de un despertador espiritual:

“Porque la caridad verdadera es invasora, y consiste en meter mi espíritu en los demás espíritus, en darles mi dolor como pábulo y consuelo de sus dolores, en despertar con mi inquietud sus inquietudes, en aguzar su hambre de Dios con mi hambre de Él. La caridad no es brezar y adormecer a nuestros hermanos en la inercia y modorra de la materia, sino despertarles en la zozobra y el tormento del espíritu.” (Ibid.)

Valle de lágrimas

“Ni son las fantasías que han de seguir mías, ¡no! Son también de otros hombres, no precisamente de otros pensadores, que me han precedido en este valle de lágrimas y han sacado fuera su vida y la han expresado.” (VI, 184)

“En este valle de lágrimas” se refiere en sentido figurado a “este mundo, aludiendo a las penalidades que se pasan en él” (DRAE). Esta expresión que, como atestigua el Diccionario, pertenece al lenguaje común y corriente, proviene de una oración (y canto) muy popular: la *Salve*. Se trata de un versículo de la antifona *Salve Regina*¹⁴⁾ y que reza así: “A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas”.

La expresión le viene muy bien a Unamuno, pues es en este mundo donde se da el sen-

timiento trágico de la vida. Para él, la vida en este valle de lágrimas, es tragedia.

Felix culpa!

“Y el otro [Don Quijote], el que se convirtió para morir, pudo haberse convertido porque fue loco y fue su locura, y no su muerte ni su conversión, lo que lo inmortalizó, mereciéndole el perdón del delito de haber nacido. *Felix culpa!*” (XII, 298)

Felix culpa es la primera parte en latín de un versículo del Pregón Pascual (conocido como *Angelica*), que se canta en la solemne Vigilia de Pascua para celebrar la resurrección de Jesucristo. El verso completo es como sigue: “¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!”. Alude al pecado original, la culpa de Adán (cf. Gn. 3; Rm. 5, 12. 18), que acarreó la muerte al hombre, y de la que Jesucristo vino a redimir al hombre, al que resucitando el Redentor dio vida eterna.

Unamuno es conocedor de toda la teología de la Redención¹⁵⁾ que se encierra en esta exclamación, que es un canto al triunfo de la Vida sobre la Muerte, un canto a la inmortalidad. Y sin embargo y a pesar de ello, o mejor, precisamente por ello, la culpa a la que Unamuno llama *feliz*, no es la culpa de Adán, sino, parafraseando a Segismundo de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca¹⁶⁾, la culpa de nacer: el delito de haber nacido. Y es que solo se vive si se nace; y pues solo naciendo vivimos, solo naciendo podemos ser inmortales.

7. Para concluir

A lo largo del artículo he procurado utilizar un lenguaje sencillo -hasta donde me ha sido posible-, teniendo siempre presente su objetivo: hacer aclaraciones para no nativos. Por otra parte, no me cabe duda de que, a pesar de mi empeño, algunas expresiones me habrán pasado desapercibidas. Sin embargo, adrede he dejado fuera la consideración de tropos y figuras literarias: aliteraciones como “dice un dicho decidero” (III, 141) o paradojas como “esclavo de su libertad” (III, 133) y “voceando en silencio” (XII, 290). Figuras que dotan al estilo de gran belleza (condenada a quedar marchita en las traducciones), pero que no obstaculizan la comprensión.

NOTAS

- 1) Las citas de *Del sentimiento trágico de la vida* están tomadas de la edición de Manuel García Blanco, *Obras completas de Don Miguel de Unamuno, VII Meditaciones y Ensayos espirituales*, Madrid, 1967. En las referencias se indica el capítulo y la página. También incluyo en el cuerpo del artículo las referencias al *Diccionario de la Lengua Española* con las siglas DRAE, y algunas citas bíblicas.
- 2) No es este el único caso en que Unamuno se sirve de prefijos para crear palabras nuevas. Así, con *sobre-* tenemos *sobre-racional* (IV, 155), que no existe, y *sobre-pongo* (XII, 290) que sí está registrado en el diccionario. Pero también nos encontramos con *contra-racional* (IV, 155) y *sotopongo* (XII, 290), incluso con un subrayado *desencializar* seguido de un extraño *descatolizar* (XII, 284). Creo que la comprensión de estas y otras formaciones similares no entraña mayor dificultad.
- 3) Haciendo un elegante e irónico juego de palabras, Unamuno sostiene que “el ente sumo, se sume, como realidad, en la nada” (VIII, 210).
- 4) La polisemia de la preposición *por* nos permite encontrar la expresión “por vida” en otras construcciones. Y así el mismo Unamuno la usa más adelante: “Y este religioso anhelo de unírnos con Dios no es ni por ciencia ni por arte, es por vida” (X, 238). Aquí la preposición *por* tiene un valor causal, en el sentido de que ese anhelo tiene su origen, viene de, surge de la vida misma. Mientras que en el caso que nos ocupa, el valor de *por* es modal: “según...”.
- 5) “Ha sido frecuente considerar que en la Edad Media la filosofía ha estado al servicio de la teología, pero ello puede entenderse de varios modos: (1) las verdades teológicas, los dogmas de la fe, etc., son «maestros» o «soberanos» y la filosofía -entendida a menudo como conocimiento racional- se halla subordinada a ellos, siendo, por tanto, «ancilla»; (2) la filosofía ha tratado principal, si no exclusivamente, los problemas que han sido planteados por la teología o dentro de un cuadro conceptual teológico; (3) la filosofía se ha esforzado por dar razón de proposiciones teológicas.” (José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, vol. I, p. 157). En realidad, tomado en sentido fuerte, apenas hay representantes de la idea de la filosofía como *ancilla theologiae* en la Edad Media, aunque en un sentido menos fuerte el carácter de *ancilla* de la filosofía aparece repetidamente.
- 6) En su *Vocabulario de Refranes*, Correas explica el origen de este dicho al comentar la frase “Yo creo lo que cree el carbonero”, que decía un teólogo que había quedado hondamente impresionado por la sencilla explicación del misterio de la Trinidad por un carbonero. (Citado en José María Iribarren, *El porqué de los dichos*, p. 161)
- 7) El origen del dicho se remonta a la relación entre astronomía y música que data de la época de Pitágoras. Se suponía la existencia de una música de las esferas en el espacio exterior (celeste) que surgía de las proporciones entre distancias, velocidades, etc., de los astros. Asimismo tiene relación con las peregrinas elucubraciones sobre la música celestial de los ángeles en el cielo. Véase en detalle J.M.

Iribarren, *o.c.*, pp. 68-69.

- 8) “Aquel día se le acercaron unos saduceos, esos que niegan que haya resurrección” (Mt. 22, 23). “Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu.” (Hch. 23, 8)
- 9) Sobre el origen histórico de esta expresión, que se remonta a la ocupación francesa por Napoleón, véase J. M. Iribarren, *o.c.*, pp. 174-175.
- 10) Dejo para un trabajo posterior el rastreo de las citas bíblicas que aparecen en *Del sentimiento trágico de la vida* sin la debida referencia.
- 11) “Caímos todos a tierra y yo oí una voz que me decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Te es duro dar coces contra el agujón” (Hch. 26, 14). Saulo era el nombre arameo de san Pablo.
- 12) En realidad Unamuno, aquí, une dos escenas. El interrogatorio sobre la verdad pertenece al Evangelio de san Juan (Jn. 18, 39), mientras que la del lavatorio es del de san Mateo.
- 13) Unamuno también refleja esta doctrina: “los primeros Padres de la Iglesia no creyeron que la inmortalidad del alma fuera un don natural -es decir, algo racional-, sino un don divino de gracia.” (XI, 278)
- 14) Es una de las antífonas finales a la Virgen María que se cantan o se dicen después de Completas, la oración del Oficio Divino para antes del descanso nocturno. El cántico de la *Salve*, sin embargo, está muy extendido como devoción popular (independientemente de las Completas) y no suele faltar en ninguna de las celebraciones y fiestas de la Virgen.
- 15) Que Unamuno conozca la teología de la Redención de la Iglesia Católica lo prueban expresiones como “la redención tiene que ser colectiva, pues que la culpa lo es” (XI, 277; cf. 279), en clara alusión al texto de Rm. 5.
- 16) “ ¡Ay, mísero de mí! ¡Y ay, infelice! / Apurar, cielos, pretendo, / ya que me tratáis así, / ¿qué delito cometí / contra vosotros naciendo? / Aunque si nací, ya entiendo / qué delito he cometido. / Bastante causa ha tenido / vuestra justicia y rigor, / pues el delito mayor / del hombre es haber nacido.” (Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, Jornada I). No pocos críticos han visto en esta frase una alusión al pecado original.

BIBLIOGRAFÍA

FERRATER MORA, JOSÉ

Diccionario de Filosofía, Alianza Editorial, VI edición, Madrid, 1986, 4 vols.

IRIBARREN, JOSÉ MARÍA

El porqué de los dichos. Sentido, origen y anécdota de los dichos, modismos y frases proverbiales de España con otras muchas curiosidades, Gobierno de Navarra, V edición (VIII reimpresión), Pamplona, 1995.

Fernando Blanco Cendón

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Diccionario de la Lengua Española, Editorial Espasa Calpe, XXII edición, Madrid, 2001.

UNAMUNO, MIGUEL DE

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, Madrid, 1913 edición de Manuel García Blanco, *Obras completas de Don Miguel de Unamuno, VII Meditaciones y Ensayos espirituales*, Editorial Escélicer, Madrid, 1967, 109-302.

(Fernando Blanco Cendón 外国語学部教授)